
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

Estudio descriptivo de una colonia de tordos varilleros (*Agelaius ruficapillus*)

Klimaitis, J. F.

1973

Cita: Klimaitis, J. F. (1973) Estudio descriptivo de una colonia de tordos varilleros (*Agelaius ruficapillus*). *Hornero* 011 (03) : 193-202

www.digital.bl.fcen.uba.ar

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

ESTUDIO DESCRIPTIVO DE UNA COLONIA DE TORDOS VARILLEROS (*AGELAIUS RUFICAPILLUS*)

Por JUAN FRANCISCO KLIMAITIS

GENERALIDADES

Una de las características más notables de la localidad de Los Talas, en la ciudad de Berisso (Provincia de Buenos Aires), es la existencia de muchas canteras de extracción de conchillas, cuyos depósitos cubren parte del subsuelo de la zona, dando lugar a la formación de extensas lagunas debido al afloramiento de aguas subterráneas y a las abundantes lluvias del invierno.

Casi todas las chacras de la región dedicadas al cultivo de hortalizas, poseen estas depresiones artificiales que sirven a posteriori de la explotación de materia prima, para el riego intensivo de los sembradíos, aunque es necesario conectarlos a múltiples arroyos y brazos de agua provenientes del Río de La Plata, a fin de mantener el nivel de los mismos en épocas de sequía.

En consecuencia, ello da lugar a un habitat lacustre muy típico, en cuyas orillas se arraigan definitivamente muchos vegetales de ambientes húmedos, como ser juncos, pajas cortaderas, espadañas, serruchetas y plumerillos, que el hombre de campo no destruye por considerar su presencia de un modo indiferente, ya que en nada afecta sus plantaciones y su modo de vivir.

En general, al campesino representa un valioso protector que se complace en sentir la presencia, ya sea por el canto, el vistoso plumaje o por características especiales de estas aves, consintiendo su cercanía a los centros poblados.

Salvo en contadas ocasiones en que se utilizan las espadañas para la fabricación de quinchos (techos rústicos), o los juncos para atar las plantas de tomates durante su crecimiento, estas áreas de muy variada extensión constituyen verdaderos sagrarios de las aves acuáticas, que encuentran así seguros lugares de reproducción anual, alimentos y confortables sitios de descanso nocturno.

Por tal motivo, son muchas las especies que se dan cita en estas canteras con su flora tan atrayente. Garzas, patos, cuervillos de cañada, gallaretas, gallinetas y, en especial, los passeriformes: junqueros, sietecolores, pechos amarillos, federales y particularmente los bullangueros tordos de laguna.

ZONA DE ESTUDIO

A unos 400 metros de la avenida Montevideo, que atraviesa a Berisso en su máxima longitud, sobre ambos lados del camino de tierra que conduce a la playa Bagliardi, se reproducen en gran medida las condiciones señaladas anteriormente; precisamente el presente trabajo se verificó en terrenos que allí posee el señor Vicent Kopka en una extensión de cuatro hectáreas, empleadas totalmente en la explotación hortícola.

A partir de los edificios de su granja "Kaunas" y a unos 120 metros, siguiendo un angosto arroyito, se llega a una laguna cuyas dimensiones oscilan entre los 280 metros de largo por unos 160 de ancho, quebrándose en un momento dado, a modo de codo, en otra laguna de menores dimensiones, inmediatamente contigua a la mayor.

Los bordes cortados a pique por la pala mecánica durante la extracción de conchillas, prácticamente encajonan al agua con profundidades que van desde los 20 cms hasta los 2,50 metros en sus máximas depresiones. Sus orillas, por lo general de poca hondura, dan lugar al crecimiento de muchos juncos y totorales que se expanden lentamente aguas adentro, favorecidas por sus fondos barrosos.

Sobre el mencionado acodamiento de la cantera grande, en una extensión de 72 metros por 9 de ancho, crece una nutrida concentración de totoras (*Typha sp.*) entremezclada con una baja vegetación herbosa, teniendo de un lado un barranco bajo en declive por continuos desmoronamientos y del otro, la cantera menor con su espejo de agua barrosa libre de vegetales.

Las altas temperaturas y la escasez de lluvias hacia fines de noviembre, determinan el desecamiento de las aguas, ocasionando orillas barrosas que se ensanchan paulatinamente, propiciando el desorrollo de las plantas antes mencionadas.

Al comenzar mi estudio descriptivo, en los primeros días de diciembre había precisamente una angosta playa lodosa y pestilente, desde la cual el barranco se elevaba unos 95 cms de promedio general (en el invierno el nivel del agua suele alcanzar la cima del barranco), aún cuando la mayoría de las totoras crecían en aguas tranquilas, cuyas profundidades variaban entre los 20 a 40 centímetros.

Dichas plantas se reparten en la superficie del agua de una manera más a menos homogénea, dejando entre sí espacios libres, fáciles de transitar, constituyendo en cambio la zona costera una muralla de altas totoras con espigas maduras que se aplastan por su mismo peso contra el barranco.

La altura general de sus largos tallos y hojas verde-oscuro superan los 2 metros, habiendo ejemplares de hasta 2,85 sobre el nivel acuático.

LA COLONIA

Ya a mediados de noviembre me atrajo la atención la inusitada asiduidad con que un grupo numeroso de *Agelaius ruficapillus* frecuentaba el totoral mencionado y sus inmediaciones, especialmente un alfalar recientemente cortado, al que bajaban en busca de alimentos.

Los veía de continuo parados en las espigas de las totoras emitiendo su bello canto, pero ni bien me acercaba al conjunto, remontaban vuelo con rumbo a un montecito relativamente alejado. Por este mismo comportamiento y por lo que posteriormente comprobé, deduje que ya tenían resuelto procurarse la laguna como centro de nidificación masiva.

No comprobé físicamente los resultados de mis observaciones en esa oportunidad. Tiempo después, hacia los primeros días de diciembre, antes de partir de viaje por circunstancias de trabajo, observé un ejemplar hembra llevando en su pico un trozo de fibra vegetal entre medio de las totoras; además, el modo de actuar varió fundamentalmente, ya que no huían en masa ante mi presencia, prefiriendo, en cambio, esconderse entre los vegetales o quedarse en los arbolitos o sauces de las orillas de la cantera, vigilando mi andar cercano.

Ya de regreso, esto es unos 15 días después, acudí al lugar con la esperanza de hallar culminado lo que mucho ansiaba: una colonia de nidificación de congos, que es el nombre con que le conocen en la zona.

El bullicio que se elevaba a mi alrededor era un excelente indicio de hallar los nidos construidos y en función de su utilidad.

Es un placer único sentir el silbido bien atimbrado que lanza el macho, tomado lateralmente a un tallo, balanceándose al impulso del viento. Y no es solamente una voz la que se escucha, sino varias decenas cantando al mismo tiempo, con una alegría sin límites ni pausas, persistiendo durante todo el tiempo que se permanece en plena colonia, con la misma intensidad del principio.

Un rápido examen visual en el terreno, me demostró la existencia de numerosos nidos dispuestos de una manera regular a lo largo de toda la extensión del totoral, ubicados exclusivamente en las partes más abiertas de la vegetación, sin encontrar ninguno en la parte densa de la costa.

LOS NIDOS

A fin de obtener resultados altamente satisfactorios, procedí a efectuar la medición de todos los nidos que iba hallando, disponiendo luego una tarjeta con un número correlativo a efectos de poderlos determinar en posteriores inspecciones, las cuales fueron 8 en total, separadas por intervalos de tres a cuatro días el uno del otro.

De cada nido que iba encontrando a mi paso, efectuaba las siguientes mediciones: altura al agua y profundidad del mismo, distancias al barranco y al espejo de agua, altura del nido, ancho máximo, diámetro interno, profundidad y ancho de la pared, además de medir los huevos hallados, describir los pichones y todo otro dato importante que aportara nueva luz acerca del anidar de la especie.

Los resultados se hicieron notar rápidamente, arrojando promedios reveladores e interesantes.

Comencé la búsqueda a partir de uno de los extremos de la colonia, a lo largo de su extensión. Los nidos estaban enlazados a varias hojas y algunos tallos, a fin de darles mayor asidero ante el embate de los vientos, que por lo general doblan a las totoras.

Son varias las hojas a las que están unidos, 10, por ejemplo, y algunos tallos, contribuyendo con ello a darle mayor seguridad de sostén y de protección en el medio ambiente, ya que al mismo tiempo cumplen las funciones de pantalla, camuflándolos. A pesar de esto, los nidos contrastan con sus fibras secas contra el verdor de las hojas frescas, viéndolos a cierta distancia.

Trazando una línea imaginaria que uniera ambos extremos de la colonia, tocando todas las construcciones, se obtenía un zig-zag perfecto, que cruzaba el centro del totoral con distancias promedio al barranco de 5,30 metros y al espejo de agua de 3,50, indicando de este modo que estas aves prefieren los lugares donde el agua alcanza mayores profundidades, al amparo de enemigos depredadores.

Los nidos, separados entre sí por un promedio de 1,90 metros (varias construcciones distaban matemáticamente 1 metro), alcanzaban alturas a la superficie del agua de 1,20 metros, habiendo tenido el cuidado de constatar si los mismos no pudieran haberse deslizado por los tallos y hojas de sostén.

La mayor altura obtenida de estas edificaciones fue de 1,60 metro, siendo la más baja de 75 centímetros.

La profundidad del agua en los sitios de los nidos, por lo general no superaba los 35 cms., llegando apenas a las rodillas, aunque había un fondo pantanoso que obligaba a caminar con cuidado.

A la terminación del presente estudio y ya cuando no quedaban huevos ni pichones en los nidos, no había prácticamente agua entre las totoras de la colonia, quedando en cambio un limo pegajoso y maloliente.

DESCRIPCIÓN DEL NIDO

El nido es realmente un pequeño cesto muy confortable, resistente y ampliamente satisfactorio para la cría de tres pichones, que una vez llegados a un estado tal de madurez como para poder efectuar pequeños vuelos, ocupan íntegramente la concavidad sin dejar sitio como para otro morador más.

Esto lo he comprobado en todos los nidos "activos" que examiné, ya que en ninguno pude encontrar más de tres pichones, a pesar de tener 4 y hasta 5 huevos del dueño y a veces 1 huevo parásito, desarrollándose individuos en número inferior a tres.

La base del nido la constituye una plataforma de fibras largas y secas de totora, hábilmente entrelazadas a unos pocos tallos y hojas de la planta sostén, en forma totalmente laxa, sin empleo de sustancias adherentes. Es, en realidad, el comienzo mismo de la construcción por parte del tordo varillero, en la que la hembra realiza la mayor parte, por no decir todo el trabajo de edificación y ultimación de los detalles.

Los machos se contentan con pararse en lo alto de las plantas, vigilando la presencia de enemigos y cantando con sus mejores trinos, mientras sus compañeras se encuentran en plena actividad edilicia.

En mis primeras observaciones puede constatar a hembras llevando en sus picos trozos de fibras vegetales, no observando, en cambio, ejemplares del sexo opuesto en dicha tarea.

A partir de la plataforma inicial que tiene la función de acercar tallos y hojas manteniéndolas próximas en una posición dada, el ave prosigue con las paredes propiamente dichas, incorporando el mismo material seco que unen mediante una vuelta en U los varios sostenes de la planta que han tomado por "pilares" de su hogar, utilizando un pegamento adhesivo (posiblemente su misma saliva) a fin de evitar posibles deslizamientos hacia el agua.

No obstante esta precaución, fueron muchos los nidos que parcialmente resbalaron por efecto del viento a posiciones inferiores de la planta, deteniéndose en los accidentes anatómicos del vegetal (nudos, nacimientos de hojas, zonas de tallo más gruesas, ensanchamiento natural de la planta, etc.).

De este modo se llega a tener la imagen de un nido hábilmente sostenido aunque de consistencia endeble a primera vista, formado por hojas seccionadas longitudinalmente (nunca hojas enteras) de totora y algunas pocas fibras resacas de paja-cortadera, de mayor resistencia a la tracción.

Sobre la estructura primitiva, que generalmente adopta la forma de un tosco triángulo, comienza un trabajo más complicado y de mayor acarreamiento de material, ya que las fibras van tornándose más y más pequeñas a medida que se avanza hacia el interior del nido.

A diferencia del revestimiento externo, de fibras sueltas y con aspecto desordenado, la parte interna es firme, homogénea y estructuralmente constituye la verdadera pared en función de tal.

Es en ésta que nuestro passeriforme demuestra todo su arte albañileril, agrupando trabajosamente centenares de pequeñísimas partículas vegetales que

van tomando forma poco a poco hasta quedar concretado el milagro de un lecho amplio, cómodo y seguro para la crianza de sus vástagos.

Las materias primas utilizadas siguen siendo las hojas de totora, aunque no emplea ya fibras largas y retorcidas. La continuidad del uso de tales materiales no haría del nido una masa tan dura como en realidad lo es; la solución de ello se da mediante la aplicación de múltiples capas de cutículas de hojas de la planta en cuestión, unidas entre sí por un mucílago.

Dichas capas están colocadas de tal manera que una fila de epidermis se dirige en una dirección, mientras que la inmediata inferior se superpone en forma transversal a aquella y así sucesivamente hasta conformar una pared de pocos milímetros de espesor y que es la suficientemente resistente como para resistir la presión de ambas manos sin aplastarse.

Como no pude comprobar visualmente la tarea de construcción, supongo que el ave utiliza cutículas de hojas verdes, cuya natural humedad obra como sustancia pegajosa.

Para fortalecer aún más el proceso de cementación, adhieren partículas de espigas maduras de totora, fibrillas muy finas y hojuelas largas que sobresalen para ser envueltas con el armazón externo, dándole una consistencia general muelle, netamente favorable para resistir temporales y abrigar a los delicados pichones.

Una vez culminado el trabajo por parte de la hembra, el nido visto por arriba presenta el aspecto de una taza de boca amplia ligeramente comprimida, de cavidad sumamente ensanchada en su porción inferior (piso), de paredes lisas y revestido de un empasto de espigas deshechas y fibrillas muy finas.

Observado lateralmente se advierte que la parte superior (entrada) es un poco más ancha que la inferior (plataforma), siendo el exterior de forma tosca y desordenada, pareciendo una masa de pajas abandonadas.

Sobre 31 nidos estudiados obtuve los siguientes promedios en base a mediciones individuales:

Altura	:	130 mms.
Ancho	:	110 mms.
Profundidad	:	86 mms.
Espesor de la pared:		12 mms.

Es importante destacar un hecho interesante relativo a la construcción: en ningún caso observé la mínima traza de barro, que en determinadas especies es usado como corriente ligamento entre las fibras y otras partículas vegetales que toman del medio ambiente en que habitan.

LAS NIDADAS

Cuando comencé mi trabajo, a mediados de diciembre, la colonia estaba en pleno apogeo de sus mayores desoves; sobre 32 nidos inspeccionados, 10 estaban aún vacíos y un total de 22 poseían huevos, pichones de diferentes edades o ambos a la vez.

En dicha oportunidad se produjo el mayor tope de huevos hallados: 41; la mayoría de los cuales estaban aún frescos, es decir que todavía no tenían el embrión desarrollado.

Son poco parasitados por el tordo común (*Molothrus bonariensis*), pues solamente hallé dos huevos del mismo, uno en cada nido, aunque en ambos

casos no llegaron a prosperar ya que los varilleros hicieron abandono de sus propios desoves (dos nidadas completas).

La mayoría de las nidadas se componía de tres huevos, pocos de dos o uno y únicamente dos nidos con cuatro y cinco, respectivamente.

Según deduje de la presente investigación, el término promedio ideal de postura es de tres huevos, ya que aquellas que se componían de menor cantidad, a los pocos días por lo general se equiparaban a aquel máximo vital; por el contrario, en los casos extraordinarios de mayor número de desoves, no prosperaban sino en la medida de tres como máximo, quedando el resto abandonados y huecos.

En la nidada de cuatro puede pensarse que fue una misma hembra que los depuso; en cambio la nidada superior de cinco, si nos apartamos de la presente posición quizás fuera el producto de dos posturas consecutivas de hembras distintas, obteniendo prioridad de desarrollo los huevos de la primera en desovar, satisfaciendo así la mencionada cantidad vital.

Los motivos de esta actitud anormal que hace que una hembra "parasite" a su vecino de colonia, pueden ser tanto motivados por la destrucción prematura del nido propio (como lo demostró la existencia de muchas plataformas aisladas o debajo de construcciones terminadas) o bien por factores biológicos que particularmente ignoro.

En cada oportunidad que me adentraba en el total, no hallaba ninguna hembra echada, alertadas al parecer por la voz de los machos, aunque sí encontraba huevos tibios.

Siempre tuve el temor de que mis periódicas inspecciones y el rutinario y obligado manoseo de todos los materiales del nido, ocasionaran el abandono por parte de sus dueños de los huevos o crías, como suele acontecer con otros passeriformes, molestos de mi intromisión en su intimidad.

Por suerte el citado caso no se produjo nada más que en dos ocasiones, ambas nidadas de tres huevos, al que sus propietarios optaron por dejarlas libradas a las inclemencias del tiempo, sin ocuparse más por ellos.

LOS HUEVOS

La totalidad de los desoves estudiados respondía a una coloración de fondo o campo celeste azulado sumamente bonito y ligeramente lustroso, manchado de puntos, líneas y signos de color negro o violáceo oscuro. No existe una correcta y uniforme disposición de dichas máculas sobre la superficie de la cáscara, como así tampoco ningún huevo uniformemente celeste sin manchas.

Los había con muchas salpicaduras finas en toda su extensión, otros escasamente manchados y muchas más con extrañas y llamativas líneas quebradas a modo de caracteres de taquigrafía sumamente gruesos, confiriéndoles un aspecto por demás atrayente.

Sobre el polo obtuso, en general, las máculas se concentran en mayor cantidad formando una notoria corona.

Respecto a la medida de los mismos, los datos los obtuve de un total de cuarenta y ocho huevos controlados con un calibre Vernier, con lecturas de hasta décimas de milímetro.

Para evitar confusiones, no repitiendo las mediciones de las nidadas en cada inspección que efectuaba, cada huevo era marcado con guiones I, II, III, etc., utilizando tinta indeleble.



Vista del totoral donde nidificaron los *Agelaius ruficapillus*.



Vista lateral de un nido del Tordo varillero (*Agelaius ruficapillus*).

Este continuo manoseo no alteró mayormente el ritmo normal de la incubación, como ya lo expresé anteriormente.

La longitud promedio obtenida fue de 21,8 por 16,2 mms., siendo en su gran mayoría de formas ovales y algunos pocos redondeados; el huevo de menor tamaño medía 19,4 por 15 mms., y el mayor 23,6 por 16,9 mms.

LA INCUBACIÓN

No se puede establecer un ritmo de puesta de los huevos, ya que a pesar de que se efectúa normalmente cada veinticuatro horas como lapso mínimo, mis observaciones me llevaron a concluir que en el presente caso no seguían las mismas pautas ya que las hembras deponían día por medio o cada dos días.

Esta alternancia está supeditada sin duda alguna a la actividad de ciertas glándulas de su organismo que regulan por ejemplo, la formación de la membrana de la cáscara y la cáscara misma y a contingencias que se suscitan en el mismo ambiente.

El caso más común se daba cuando la hembra desovaba dos huevos seguidos (dos días) y el tercero día por medio después.

Estos, a poco de puestos, se transparentan a la luz del sol, indicando que aún no hay desarrollo de embrión; luego de unos cinco días se vuelven oscuros al trasluz y la cáscara a su vez varía a un tinte grisáceo.

Cuatro o cinco días más tarde y teniendo en cuenta siempre una incubación normal, no alterada por circunstancias adversas, se verifica el "picado" interno por parte del pichón que pugna por salir perforando la cáscara con el ápice de su pico fuertemente calcificado.

Las picaduras se suceden tanto en el polo superior como en el centro, continuándose en derredor del ancho del huevo hasta cortar prácticamente al mismo en dos mitades, emergiendo entonces el pichón a la luz del día. En ningún caso hallé ni siquiera mínimos restos de cáscara, pudiendo los padres comérselos o tirarlos fuera del lecho.

La presencia de tantos nidos con pichones y huevos al mismo tiempo se explica considerando el hecho de que una vez puesto el huevo, comienza inmediatamente el proceso embrionario; en cambio, lo que halla una explicación más valedera es la desaparición parcial de los desoves en ciertas nidadas, debiendo descartarse la presencia de depredadores que en tal caso harían destrucción total de los mismos.

Otro factor que acude en desmedro de la población de la colonia, es la existencia de huevos hueros en nidades completas (tres huevos) evolucionando perfectamente dos y quedando el restante sin desarrollo.

Es bien visible a la luz el desove huero, pues la yema y la albúmina al secarse se depositan hacia el polo inferior o agudo, formando una zona oscura y quedando el resto translúcido.

A partir del momento en que se produce la puesta del primer huevo hasta su más inmediata eclosión, transcurre normalmente diez días, pudiendo prolongarse a veces, como he podido comprobar, uno o dos días más.

LOS PICHONES

En la primera observación hecha en la colonia, el 13 de diciembre de 1970, concreté el hallazgo de veintiún pichones de diferentes edades, lo que la pauta de lo prolífico de tal asociación de aves.

Como sucede en todos los passeriformes, los jóvenes son altriciales, es decir que nacen ciegos, desnudos y por lo tanto completamente indefensos,

incapaces de valerse por sí solos, debiendo ser alimentados y cuidados por los padres hasta que alcancen la madurez indispensable.

El detalle de todo este proceso de crecimiento se sintetiza de la siguiente manera:

PRIMER DÍA DE VIDA: Ciego y completamente desnudo sin rastro de plumón.

SEGUNDO Y TERCER DÍAS: Crecimiento y desarrollo de un finísimo plumón en todo el cuerpo de los pichones.

CUARTO Y QUINTO DÍAS: Los plumones se acentúan notoriamente en aquellas áreas que posteriormente serán plumosas (pterilos), cabeza, garganta, cuello, línea dorsal, alas, piernas, lados del pecho y línea ventral; aparición de pequeños canutos en las alas y en los lados del pecho.

SEXTO Y SÉPTIMO DÍAS: Abren los ojos; comienzan a aparecer algunas plumitas de los canutos de las alas y lados del pecho; se insinúan canutos reemplazando a los plumones en el resto del cuerpo, aunque persisten los mismos en la cabeza.

OCTAVO Y NOVENO DÍAS: Se acelera la aparición de las plumas, en especial en las alas y lados del pecho, aunque aún se conservan muchos canutos en distintas regiones del cuerpo.

DÉCIMO DÍA EN ADELANTE: Los pichones de coloración muy parecidos a las hembras adultas, están casi totalmente emplumados persistiendo plumón en la cabeza (corona) y algunos largos canutos en las alas. Su colorido entonces es el siguiente: cabeza pardo negruzco con plumas ribeteadas finamente de ocráceo al igual que la región dorsal; cola negruzca, corta (un cm), alas negruzcas con reborde de remeras y cobijas sepia ocráceo. Garganta, cuello y pecho ocráceo con fino jaspeado negruzco; región ventral pardusca.

Tibias emplumadas de gris oscuro; pico y patas, parduscos. Iris pardo oscuro.

A partir de los diez días están en condiciones de abandonar los nidos, aunque generalmente no lo hacen, quedando dos o tres más hasta que alcanzan mayor desarrollo de sus plumas.

Mis periódicas inspecciones a la colonia en estas oportunidades eran contraproducentes para las crías, que en la mayoría de los casos preferían tirarse al agua antes que dejarse atrapar para que yo estudiara su desarrollo individual.

También realizan algún pequeño volido o "salto" horizontal, hasta caer al agua; ya en ella agitan bruscamente sus alas hasta llegarse a un asidero y trepar por los tallos de las plantas a lugares secos y seguros. Se ocultan entre la vegetación quedándose muy quietos para pasar desapercibidos.

En el nido y durante todo el período de crecimiento son muy gritones; ya en el momento de nacer emiten un débil piar insinuándose con el correr de los días como notas de reclamo ante el peligro, atrayendo la atención de los adultos.

Cuando los padres llegan al nido, los pichones automáticamente abren las bocas, dejando ver su atractivo paladar rojizo que representa un incentivo para la búsqueda de alimentos.

Asimismo suelen responder de la misma manera a los estímulos de un golpe aplicado en los bordes de la construcción, cuando aún tienen los ojos cerrados; para facilitar el proceso de reparto de comida se agrupan todos hacia un mismo costado del nido.

No pude observar el trabajo de los adultos en esta etapa, ya que eran muy recelosos de mi presencia en las cercanías del total. No obstante ello pude determinar que eran las hembras las encargadas de la alimentación y cuidado de la prole, limitándose los machos a vigilar la colonia.

Estos cumplen a pie juntillas las funciones encomendadas; valientes y arriesgados alejan del perímetro a todas aquellas aves que ingresan en su espacio aéreo, ya sean benteveos (*Pitangus sulphuratus*) como a su congénere de ala amarilla (*Agelaius thilius*)' atacándolos con fuertes batidas y aleteos.

Mi presencia entre los nidos era constantemente observada mediante sus vuelos de reconocimiento a baja altura por sobre mi cabeza.

En cada oportunidad que tomaba un pichón entre mis manos, ante los chillidos de estos se precipitaban rápidamente en gran número, rozándome con su ala y gritando a plena voz, muy enojados.

Las hembras son las encargadas de la limpieza en el lecho de las crías, recogiendo los excrementos de sus pichones; éstos a su vez, al ser apresados los expelen inesperadamente.

Durante los días que permanecen en el nido, tanto en éste como en los propios jóvenes no se observan piojillos, pero ni bien lo abandonan, aparecen miles de estos parásitos que cubren rápidamente la mano de todo curioso que toca las construcciones. Este hecho se manifestó en la gran mayoría de los casos.

El alto calor reinante, con máximas de hasta 30° C, provocó la muerte por insolación de unos pocos pichones, al parecer descuidados por sus padres.

A fines de la primera semana de enero, última inspección realizada comprobé la finalización de la actividad en la colonia, ya que los pichones que quedaban fueron tras los pasos de sus mayores trepando por las totoras y efectuando pequeños vuelos de tallo en tallo.

De idéntica coloración a las hembras los distinguía por su cola corta y comisuras de la boca amarillentas.

Otra semana después no encontré ningún ejemplar más, ni siquiera adultos recorrer la zona, habiéndose desplazado en conjunto a los muchos bañados de las cercanías. De la colonia sólo quedaban los nidos abandonados.

RENDIMIENTO VITAL DE LA COLONIA DE *Agelaius ruficapillus*

1) Total nidos construidos	=	32
2) Total huevos desovados	=	71
3) Total pichones nacidos	=	46
4) Total pichones desarrollados	=	36
5) Total huevos perdidos	=	25 (diferencia e/2 y 4)
6) Total pichones muertos	=	10 (diferencia e/3 y 4)

Estos datos se obtuvieron mediante la deducción de todos aquellos huevos y pichones hallados en la primera inspección o sea cuando la colonia estaba en pleno funcionamiento y todos aquellos desoves que posteriormente se produjeron.

AGRADECIMIENTO

Debo expresar mis agradecimientos al señor Vicente Kopka, quien amablemente facilitó mi acceso al campo de su propiedad, donde se encontraba la colonia y a mi esposa, señora Stella Maris Borba, que tuvo la gentileza de oficiarme de "apuntadora" en todas las oportunidades que tuvimos de inspeccionar los nidos.